

# GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## Advertencia.

Como GENTE VIEJA aspira, no sólo á ser la representación de los veteranos escritores de Madrid, sino á tenerla en todas las provincias, desde hoy contamos en Murcia, con la colaboración efectiva del distinguido escritor y poeta D. Carlos Cano, cuya personalidad y cuyos méritos son bien conocidos en toda España.

## Cuestionario de GENTE VIEJA

La experiencia es seguramente una de las fuentes de sabiduría; y en este concepto y en esta época regocijada de principio de año, hacemos un llamamiento á todos los que hayan cumplido cincuenta y cinco años, por si quieren contestar nuestro cuestionario sobre materias que cuando menos pueden resultar interesantes.

Hasta el 15 de Febrero próximo se recibirán las contestaciones que los hombres de edad *madura* tengan la bondad de remitirnos.

Con las ancianas no queremos nada; estamos en esa segunda juventud en que gustan principalmente las muchachas, y además las jamonas expertas y bien conservadas.

Para que nuestro concurso tenga algo práctico, principalmente en lo que se refiere á los que nos favorezcan con sus respuestas, además de publicarlas en GENTE VIEJA, formaremos con ellas un tomo, del que se regalarán cinco ejemplares á todo el que haya mandado contestaciones que puedan publicarse.

Para juzgar de los originales que se nos remitan se ha formado un tribunal, compuesto de D. Manuel de Llano y Pérsi, D. Manuel del Palacio, D. Agustín Fernando de la Serna y D. Pedro Novo y Colson, en el que actuará de Secretario el que firma estas líneas. El tomo que ha de publicarse estará precedido de un prólogo en prosa y verso, en el que escribirán la mayor parte de los colaboradores de GENTE VIEJA.

De este número de GENTE VIEJA, ó de otros periódicos que copien esta convocatoria, pueden tomar los señores que nos favorezcan las preguntas, y mandar las respuestas á estas oficinas: calle de Reco-

letos, 10, Madrid; bien entendido que aquellas (las respuestas), no deben exceder de cinco líneas.

Somos lo suficientemente galantes para no querer prescindir en absoluto de las señoras; y por consecuencia, si alguna joven ó jamona quiere darnos su opinión sobre lo preguntado, y hay muchas que algo deben saber de la psicología del amor maduro, tendremos mucho gusto en publicar también sus contestaciones.

Todo el que nos favorezca enviando respuestas debe firmarlas con su nombre ó con un pseudónimo, si así lo desea, y especificar bien su dirección, para poder remitirle el libro oportunamente.

### He aquí el cuestionario:

—Decid, niño, ¿cómo os llamáis? <sup>1</sup>

—¿Os ha parecido la vida larga, corta, ó de tamaño natural?

—¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?

—¿Tenéis arrugas y canas en política?

—¿Qué virtud os parece más inaguantable?

—Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

—¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

—Si es afirmativa la contestación á la anterior pregunta, padres los que teneis hijos, ¿recibís el consuelo que esperábais de los vuestros ya crecidos é independientes?

—La indiferencia y la ingratitud á los que fueron ¿es ley del instinto de conservación?

—Lo viejo que no produce en ningún sentido, ¿es natural que sea abandonado por los jóvenes?

—Todo lo que es natural, ¿es justo?

—¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años? Si hay cambio en ellos, ¿resulta el cambio una inconsecuencia?

—Qué época hubiera usted preferido para su juventud: ¿la pasada, ó la presente?

—¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José? En uno ú otro caso, ¿está usted arrepentido?

Para terminar, los señores ó señoras que nos favorezcan pueden contestar á todas las preguntas ó sólo á alguna ó algunas de ellas.

Madrid 31 de Diciembre de 1902.—JUAN VALERO DE TORNOS.

<sup>1</sup> Responda su nombre en catalán, bable, galaico, vascuence, ó en el alfabeto de los mudos.

## ....ALLES FÜR ALLE

¡Pero cómo se ha desarrollado, con motivo de los Humbert, el *leucocito* de la notoriedad! No sólo todos aspiran al honor de haberlos descubierto, al de ser el periódico favorito de esa triste familia, sino que dicen que recibe infinidad de ofrecimientos, tarjetas postales, petición de autógrafos, y hasta de la blanca mano de esa infeliz joven, complicada, por ser hija de tales padres, en un proceso criminal. A mí no me había ocurrido envidiarlos hasta ahora, como los envidiaba un escritor español; pero voy viendo que tiene razón, y que en este mundo para ser considerado es menester ser algo; lo mismo da ser estafador, para este efecto, que vencedor del Foot-ball, ó Presidente del Consejo de Ministros! ¡De ese modo se ha hecho célebre Mr. Girón, que de simple profesor de francés, como esos que andan por Madrid para ver dónde se ganan unos francos enseñando el verbo *Etre* á unas cuantas señoritas bastante torpes, ha llegado á ser persona de quien se ocupan periódicos, cancellerías, monarcas y personajes de todas partes!

¡Esto sí que es una aberración, una *bêtise humaine*, como ha bautizado un periodista á una novela de Zola! ¡Este sí que necesitaba unas lecciones de Mr. Girón, para saber lo que es *Bête* y *bêtise*! Porque después de todo, el escándalo de Sajonia no es más que uno de tantos de la vida privada, y el asunto de los Humbert es copia de lo que hemos tenido más en pequeño en España muchas veces.

Un escritor dice, como cosa rara, que en Francia se va haciendo una reacción contra el divorcio, y que ya se va á prohibir que el cómplice se case con la adúltera. Por eso en lo de Sajonia se echa de menos la libertad protestante, y por eso el único freno es la indisolubilidad del vínculo; aquí viene como de molde la aplicación del dicho: *Chassez l'Evangile, il revient au galop*: ya le habrá traducido á la princesa Mr. Girón este parrafito.

No hay que olvidar que los franceses son los andaluces de Europa, y que habrán de exagerar como siempre un asunto que, como el de Dreyfus, no merece armar el ruido que armó éste, no siendo más que una estafa vulgar, sin relación con la política ni el porvenir de Francia.

Y no me atrevo á decir nada de la cuestión del denunciador; él lo considera como un caso de conciencia, y esto es muy respetable, con perdón del fabulista y de la conciencia de Micifuz y Zapirón. Yo creo que no estaba obligado á denunciar; para eso está la policía de su país, que debió perseguirlos; pero no es tampoco criticable su acción, ni para que el Colegio de Abogados se ocupe de ello.... antes de enterarse, y esto sí que es ligereza, de que ese señor, si lo es, no pertenece al Colegio de Madrid. Más importante es la cuestión de competencia suscitada por el fiscal, sobre el presunto delito de falsedad cometido en España. Conste que en mi opinión sería absurdo que la *cour d'Assi-*



30

ses del Sena conociere de un delito cometido en la Ribera del Manzanares; porque ni la identidad del agua de ambos ríos puede dar competencia á un tribunal extranjero: el delito causa fuero, y el de falsedad es independiente de lo que se persigue! Tendría que ver que si para ocultar su personalidad, por ejemplo, ó para defenderse de la policía hubiesen matado á un hombre en la calle de Ferraz, fuese á conocer de ello la roja toga de los Assises del Senal

Yo no sé cómo se resolverá el problema; pero nadie me impide dar mi parecer, ya que el asunto es del dominio público.

\*  
\*\*

Por fin se ha arreglado ó poco menos lo de Marruecos. El Sr. Silvela ha tenido la crueldad de comparar la corte de Tazza, donde estaba El-Roghi, con la de Oñate. Pero en cuanto á epigramas, ninguno como los que da la casualidad. Mientras los carlistas demuestran la mayor actividad, uno de los vocales de su comité se llama..... ¡Cachaza! Bien la habrá menester desde hace setenta años, es decir, el tiempo casi que tenía el ilustre hombre público que en esta semana ha bajado al sepulcro, yendo á pasar su último día sobre la tierra al pie de la estatua de Doña Isabel II, que le sobrevive. ¡Qué lecciones da la casualidad, ó la Providencia, como decimos los neos!

\*  
\*\*

Se ha arreglado lo del descanso dominical, pero durará poco, como todo aquello que se impone por violencia, no por convicción. El descanso dominical impuesto, no por un gobernador, ni por unos dependientes, sino por la convicción religiosa, sería viable. Hoy, que no se cree en nada de esto, ¿con qué derecho se impone al comerciante que no cree en Dios la obligación de no trabajar en domingo? Es como si le obligasen á ir á misa, y entonces todos protestarían. Yo, como viejo, recuerdo á Tamberlik, cuando en las primeras escenas de *La Hebrea* (*L'Ebrea*, para que no se escandalicen los filarmónicos), al reprenderle por trabajar en su oficio de herrero, me parece cantaba aquello de:

Io son ebreo, son israelita, il Dio dei Christian..... etc.

Pues lo mismo pueden decir los respetables comerciantes que no quieran cerrar. Conste, pues, que yo creo, con el criterio moderno, que el cierre no se puede imponer, dentro de las ideas que ahora prevalecen y con la libertad por única ley. Ahora, con otros principios..... ya no sería una consecuencia.

\*  
\*\*

*Le mot de la fin:*

Ponderando un cronista de salones la magnificencia de la casa de un grande, dice: "La condesa de..... pasaba rozando con su blanco traje la *diminuta* biblioteca del marqués." Hasta ahora el elogio de las bibliotecas era el ser *copiosas*; por lo visto, ahora es lo contrario, y habrá que decir: El Banquero D. Fulano, con su exiguo capital..... Nada, que está muy bien dispuesto que uno se muera; llegaríamos á no entendernos.

GERARDO RODRIGO,

## LA DECENA DRAMÁTICA

AL SR. L., DE *El Liberal*.

No todo tiempo pasado fué mejor; por ejemplo, los días del Diluvio — y ya ve usted si son tiempos pasados — no debieron ser muy agradables; y viniendo á

más recientes épocas, la de 1885, cuando el cólera invadió á Madrid, tampoco fué muy apetitosa. Ni lo que fué es mejor por haber sido, ni todo lo que es es mejor por ser moderno; y como esto lo ha dicho ya GENTE VIEJA tantas veces, me permitirá usted que no insista, no vayan á figurarse que me destetaron con perdigones y que de niño me comía las pesas del reloj.

María Guerrero ha hecho *Gabriela de Vergy* de una manera incomparable, y no será el amigo de Barrutia el que la niegue el aplauso y la cordial enhorabuena que merece; y lo que digo de ella, lo digo de toda la Compañía de EL ESPAÑOL; sin que estos aplausos signifiquen que Teodora, Pizarroso, Calvo, Antonio Zamora y algún otro, que antes representaron *Gabriela de Vergy*, hayan sido unos *congriazos*, que así creo que se llama ahora á los que no han sido sobresalientes en su oficio.

Por cierto que de la misma manera que no me explico por qué los limpia-botas han de vender pipas, quisiera que me explicasen, por qué han de ser *congrios*, y no *dentones* ó *besugos*, los artistas que no merecen el aplauso de la generación, ahora recién sacada á la vida pública.

Paréceme que hay cierto abuso de vigilia en aplicar nombres de peces á los que realizan cierto trabajo intelectual, y no veo la relación entre «pescado de mar que no tiene escamas, es de la figura del anguila, pero mucho más corpulento, y está lleno de espinas largas introducidas en la misma carne», que es como define el Diccionario el *congrio*, *s. m. congrus, conger*; y los escritores ó artistas que no gustan á la gente joven.

¡Qué concho! Y no se alarmen ustedes; *concho* no es una interjección, es la túnica de la espiga del maíz, el poso ó los asientos de un líquido, las sobras de una función ó banquete, el final de una cosa, y por eso digo yo: ¡Qué concho!

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

## La Patria y sus desastres.

(AL EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.)

VIII

Menos tiempo que duran las centellas  
desprendidas de bravas tempestades  
tardamos en llegar de las Querellas  
á las amplias y tristes soledades.  
Tienen cielo que es cielo con estrellas  
de más ó menos fuertes claridades.  
Doquierá que está Dios, sin que se enerven,  
hay astros cuyas lumbres siempre hierven.

IX

Porque Dios no está ausente del infierno.  
Toda la creación Él la sustenta,  
sin que pueda un instante, del Eterno,  
vivir y perdurar, libre y exenta.  
Pone la Inmensidad su alto gobierno  
en todo cuanto es y se acrecienta;  
y aun en toda existencia desatada  
que después de hecha polvo va á la nada.

X

Abundan en riquezas de hermosura  
del mundo del penar las anchas vías:  
por ellas nunca anduvo la pavora,  
y arrecian las terrestres alegrías.  
El fausto y el placer á plena holgura  
juegan con sus variadas energías.  
No se encuentran murallas ni peñones;  
pero asfixia el hedor de las pasiones.

XI

Salvados muchos bosques y verjeles  
repletos de gozosos caminantes,  
sentí como enredados en cordeles  
que mis pies ya no iban bien andantes,

Lo conoció Satán: «Nada receles,  
»me dijo, sigue firme según antes.  
»Como en la eternidad no hay movimiento  
»te parece sentir impedimento.»

XII

»Estamos en el límite del mundo  
»do del tiempo el dominio se termina.  
»Te hallarás transformado en un segundo:  
»el peso de la carne aquí declina,  
»que de la eternidad en lo profundo  
»gana el cuerpo en sutil á la neblina:  
»del alma la expansión no le disuelve,  
»pero le torna en luz y en luz le envuelve.»

XIII

Hablado que hubo así, dejó su asiento;  
y sueltos los pecados capitales,  
volando con diabólico contento  
volviéronse á mezclar con los mortales  
Después de confiado el trono al viento  
pasamos los linderos mundanales  
dando en la eternidad, centro divino  
do cumplimiento ha todo destino.

XIV

Pobres del nuestro mundo los lenguajes  
para asuntos de un orden sobrehumano,  
no puedo acomodarme á los ropajes  
del temporal decir, ahora vano.  
De un misterioso hablar los engranajes  
nos deben aclarar el hondo arcano  
de cómo los espíritus platican  
cuando al comunicársenos se explican.

XV

Soberana y eterna Omnipotencia,  
Rey de la Inmensidad, Ser infinito,  
que con una Natura y una Esencia,  
Tres Personas nos das, no Tripartito:  
permite que tu Verbo, la Sapiencia  
de su luz me regale un destellito  
que alumbrando mi obscuro entendimiento  
cante á mi patria yo con noble acento.

RUPERTO.

## BAGATELAS Y CHIRIGOTAS

Los oradores políticos se parecen á las enredaderas, que cuando no tienen en qué apoyarse se enredan en sí mismas vergonzosamente y arrastran sus flores.

Las cabezas deben juzgarse como los bolsillos; no importa su magnitud, si no lo que su dueño puso en ellos. Al hacerlas sonar en las sacudidas de la conversación, vemos en seguida que unas contienen el oro de la ciencia y de la verdad y otras la calderilla de la vulgaridad y de la rutina.

Ciertas testas son comparables á las tazas de chocolate, que tienen mucho barro y poco fondo; ó á las cajas de cerillas llamadas *baúles*, que presentan mucho cartón y poco fósforo.

Cuando oigo alabar la erudición de un hombre, sólo me ocurre decir: ¡Dichoso él! ¡cuánto se divirtió! Digno de alabanza es solamente lo que se hace, no lo que se sabe.

Se ha dicho muchas veces que el hombre es libre como el pájaro en su jaula; pero ha debido

añadirse que esta jaula se ensancha con el dinero que se tiene. ¿Somos millonarios? Pues tenemos por jaula el mundo y saltaremos á nuestro capricho, de París á Pekín. ¿Somos moderadamente ricos? Nuestra jaula podrá ser Europa y brincaremos sin dificultad de Cadiz á Stockholmo. En cambio el pobre tiene por jaula su ciudad ó su aldea, y su libre albedrío se reduce á la posibilidad de saltar del tugurio á la taberna, del hospital al presidio.

El arte y la ciencia tienen la virtud de hermostrar las paredes de la jaula y de hacer llevadero y hasta amable nuestro encierro.

—¡Gracias á Dios—exclama á menudo el filósofo anciano—que me he librado de la tiranía del amor y de la hermosura! No es eso. Sé franco. Dí que el amor y la hermosura se han librado de ti; pero no afirmes que la vejez te ha redimido del culto á la belleza. Cabalmente la supervivencia de sentimientos que debieron morir con la virilidad constituye una de las indisculpables insidias de la naturaleza.

El cerebro humano viene á ser una carta geográfica, donde figuran continentes explorados y tierras ignotas. El ignorante posee una África que le coge casi toda la cabeza; el instruido una Europa muy grande. Pocos, empero, han llegado á fuerza de cultura y de autoobservación á apurar la geografía de la mente. ¡Cuántos descubrimientos nos esperan aún en las encrucijadas de nuestras células nerviosas, si nos imponemos la tarea de explorarlas reflexiva y pacientemente.

SANTIAGO RAMÓN CAJAL.

## CARRERA TRIUNFAL

Juanón se instalaba todas las mañanas en su esquina, confiado en la Providencia, los cordeles al hombro, la chapa al brazo y el bostezo en la boca. Algo encorvado por la costumbre de cargar, era un hombrón fornido y recto cuando enderezaba su persona. Su vida era monótona pero alegre, como que empalmaba las borracheras, y entonces se dejaba torear por los muchachos ó sostenía con tesón que veía dos soles en el cielo y que así debía ser, porque de no ser así el cielo sería tuerto.

Su buen corazón no admitía odios, ni aun rivalidades: sólo se permitía con moderación murmurar de los carros de mudanza.

—Han perdido el arte, — decía suspirando al ver uno atestado de muebles, mientras él, ocioso y sin dinero, liaba un cigarro colosal: — hoy, las mulas hacen el trabajo del hombre, salvo en las escaleras, que allí se necesita mucho cálculo para saber lo que lleva uno en las espaldas: porque uno no es uno, sino dos cuando tiene que subir un armario sin romperle ni romperse: y hay espejos grandes que valen más que una persona, y tan dorados, que le da vergüenza á un pobre mirarse en ellos, como si los faltase al respeto.

—Sí, — respondió Pascasio el cochero, que era el más ilustrado de la esquina; — la escalera es vuestra, pero la calle es suya y las plazuelas: ¿y quién os dice que no traerá el inglés máquinas que suban los muebles por los balcones?

Juanón se levantó.

—Me has dado un disgusto — le dijo — y debes convidarme.

A la tercera copa Juanón vió los dos soles en el cielo, pero se lo calló por temor á las burlas de Pascasio, que le decía:

—Tu oficio es el más bajo que existe: cargar por gusto sólo lo hacen las hormigas; y aquí, parlamentaria-

mente entre nosotros, te comparo al camello, y no lo digo por ofensa.

—El que paga no ofende.

—Mi arte es de señores: ellos gufan también y los hay más cocheros que nosotros y que atropellan mejor.

—¿A quién se lo cuentas? Un señorito me hizo rodar con carga y todo, pero detuvo el coche.

—Mal hecho: cuando se atropella á alguno, se debe salir á escape.

—Se bajó del pescante y me dió un cigarro plateado: cuando lo fumé las gentes me miraban y se reían de mi lujo.

—¡Bárbaro! ¿Te lo fumaste con la funda? La ignorancia es atrevida.

—Me estas faltando: paga el aguardiente.

A cada nueva copa la conversación mudaba de asunto y crecía en elevación.

—Pascasio, te juro que hay dos soles.

—¿Qué sabes tú de la órbita?

—¿La órbita? — Juanón miró á su amigo con asombro; — nunca había oído hablar de ella. Pascasio añadió con aire de superioridad:

—Y las constelaciones, y el planeta, y el carro....

—De los carros de mudanza podría decir mucho, pero no quiero murmurar. Dices que los señores gufan coches, y yo te digo que mudan también muebles, porque los carros de mudanza son de los señores.

—¿De los señores? ¿Sabe alguien de quién es nada sino los intérpretes? Sólo ellos saben de quién son los edificios y los coches, y quién está casado y quién no; y no lo digo por tí, que no sabes lo que haces, mejorando lo presente.

—Pascasio, yo te aprecio; tú eres mi madre; abrázame.

—Ya tomaste la bigamia.

—Quisiera ser alcalde para convidar á tu caballo, que debe tener sed.

—Broméate conmigo, pero respeta mi caballo, que *Gutember* me gana la vida con sus cascos y cumple, y ahora mismo va á correr con nosotros hasta el Océano. Entra en el coche como un caballero... así: y vas á ver quién soy. ¡Ay del ministro de la Guerra si le echo encima á *Gutember*!

Y dando un latigazo al pobre penco, que arrancó con valentía, dijo orgulloso:

—¡Hoy pernocto en la inmensidad!

Juanón, que no había estado nunca dentro de un coche ni pasado ninguna chispa arrellanado en almohadones, veía pasar todo á través del cristal, como si tuviera movimiento.

—Mucha prisa tienen — decía para sus adentros — ¿adónde irán las casas y los árboles? ¡Eh! Pascasio, ¡no me vuelques! ¡Este coche es un columpio! ¡Qué tono me estoy dando! ¡Hombre! ¡Y pasa por delante de Palacio! ¡Quiero que me vea su divina Majestad! ¡Qué gusto da que á uno lo lleven! Ahora comprendo lo que disfrutarán los cofres cuando los llevo en mis espaldas. ¡Parece que gritan y el coche ha pisado en blando! ¡Otro tumbo! Un guardia rueda por querer detenernos.... Hemos derribado un farol... Si pudiera bajarme.... Pero más vale huir... Somos dos criminales.... ¡Hace un momento era todavía un hombre honrado!

El coche á todo rodar parecía un automóvil, y Pascasio restrallaba el látigo animando á *Gutember*.

—Esto no es látigo — decía, — sino unas castañuelas. He derribado tres personas y un farol, y voy á arrojar aquel puesto de leche.

Y dando un encontronazo á la mesilla, hizo rodar cántaros metálicos, vasos y medidas.

Gritó la vendedora, salió la pareja tras el coche, y Pascasio, orgulloso de no ser alcanzado, aceleró la marcha del caballo, burlando á la justicia. No es posible seguir el giro de aquella carrera triunfal, ni calcular las caras que cruzó Pascasio con la fusta, ni los desafueros que cometió al grito de

—¡Muera el público! ¡Guerra al inglés y abajo las pirámides!

Y volaba *Gutember*, recordando los tiempos en que había sido matutero, entusiasmado por el chasquido de

la tralla: pasó la calle de Segovia, salió al campo, y volcando en la cuneta de un camino, quedó pataleando entre las varas.

Baco, el divino Baco, y Sileno, su ministro, debieron acudir en auxilio de sus dos fieles devotos, en forma de dos carreteros que desengancharon al caballo y depositaron en tierra á ambos amigos, dejando á *Gutember* meditabundo, como si tratara de explicarse la aventura, y á Pascasio y Juanón tendidos y mirándose.

—Pascasio, — decía Juanón — no quisiera faltarte, pero eres un asesino.

—No esperaba de ti esa indirecta: te he criado á mis pechos sisando á mi viuda; quiero decir, á la viuda de mi amo, la dueña de ese coche, para darte de beber; y ahora veo que no sabes alternar.

—Yo alterno siempre, pero has perjudicado al Ayuntamiento derribándole un farol; y un farol es una cosa muy alta; más alta si cabe que el Gobernador de la provincia.

—Alta para ti, que eres un mísero transeunte, pero no para el que vive en un pescante. ¿Sabes lo que sería de Madrid si todos los cocheros hicieran lo que yo? Hay transeuntes porque nos da la gana; porque no ha llegado el día del aplastamiento general.

—Cuando llegue, creo que avisarás á los amigos.

—Aquel día rodarán los tenientes alcalde, y los municipales de á caballo y toda la indumentaria, y hasta las criadas que salgan á la compra, y no habrá multas, y sólo habrá coches en la calle, y se acabará el mundo de á pie, porque embestiremos contra todo lo que ande; los ómnibus y los carros de mudanza toparán con su lanza los escaparates de las tiendas; los coches de punto correremos, atropellando al vecindario, y sólo te salvarás en mi pescante, y algunos animales de tu especie.

Juanón se levantó y dijo tambaleándose:

—No quiero salvarme; toma mi cadáver.

—No te tomo, soy tu amigo.

—¿De veras?

—Volvámonos á Madrid; yo te perdono.

—*Gutember* no puede tirar. Engánchame en tu coche.

—Gracias, Juanón, voy á ponerte los arreos; dices bien: ¿para qué son los amigos?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

## A UN JUAN

(y no Valero.)

Maltratas sin piedad á Víctor Hugo; y esto, si no es un rasgo extravagante, es caso patológico flagrante, defecto cerebral, falta de jugo.

Sin querer de ti mismo eres verdugo; pues tu crítica vana y petulante prueba que eres, lo que eres, un pedante que tiene menos seso que un besugo.

¡Tú, encomiador de tanto escritorzuelo como aquí disparata en verso y prosa, quieres tomar á Víctor Hugo el pelo!....

¡Oh ignorancia atrevida y vanidosa! ¡el topo hablando mal del sol y el cielo!.... déjalo, Juan, no leas; á otra cosa.

VICENTE COLORADO.

## Deuda pagada

ó las vicisitudes de un duro.

El lunes último estuve á dar la enhorabuena y un estrecho abrazo á mi querido amigo el simpático é ilustradísimo Ministro de Instrucción pública, y al regresar á mis ocupaciones me encontré en la esquina del Botánico con un antiguo amigo á quien no había vuelto á

ver hacia cinco años, fecha en la que tuve la debilidad de prestarle un duro que con urgencia me pidió.

Nos saludamos cordialmente, y echando mano al bolsillo, me dijo: «Ya que la casualidad nos junta, la aprovecho para devolvete, con mi agradecimiento, el duro que tuviste la bondad de prestarme, deuda que jamás he olvidado»; y, con efecto, me entregó un duro nuevecito y flamante, despidiéndose de mí con el aire satisfecho del deber cumplido.

Al verme con cinco pesetas inesperadas, y para mí ya pérdidas, pensé qué hacía con ellas, y, como buen español, lo único que se me ocurrió fué jugarlas a la lotería.

Guardémi duro en compañía de una peseta, única moneda que llevaba suelta, y seguí mi camino. Me detuve un momento á encender un cigarro, indudablemente de la *Vuelta de Arriba*, según el número de cerillas que con él llevaba gastadas, cuando oí una voz lastimera que parecía salir del fondo de la tierra, y que decía: «¡Triste de mí!» Miré á todas partes, y no distinguí alma viviente á mi lado, quedando absorto al convencerme de que la voz salía de *mi mismo*. «Tú, compañera fortuita de encarcelamiento, quieres que te relate la historia de mis infortunios,—continuó la voz;—pues bien, lo haré compendiosamente, pues si se escribiera entera se gastaría en ello más tinta que se ha empleado en redactar programas políticos en España, sin encontrar hasta ahora la verdadera *tia Javiera*, ó sea aquel que diere tranquilidad y bienestar á tan hermoso país.»

Comprendí que el que hablaba era el duro: quedé maravillado y me senté en un banco, dispuesto á escuchar la historia de mi bienhechor, porque ya no me cabía duda de que con un duro de tal fuste, que hablaba como cualquier diputado, el premio *gordo* era seguro.

Nací en las inmediaciones de Méjico—siguió diciendo el duro,—de padres nobles y honrados. Mi madre se llamaba *Mina* y murió de sobrepeso, y mi padre el *Tiempo*. Este vivió, pero es tal su afición á los viajes, que nunca hace parada en parte alguna. Siempre va corriendo, y dicen los que le conocen que á nadie perdona. En la capital de Méjico, á fuerza de calentarme los huesos, me descortezaron, es decir, me quitaron el pelo de la dehesa. Allí me bautizaron y me dieron forma presentable. Reformaron mi casa, acicalándome de manera que parecía hermano de Carlos IV, me pusieron el nombre de *peso duro español*, hicieron constar que había nacido el año 1790, y me dieron el empleo de 23 reales al servicio del Rey de España. Me mezclaron con una porción de compañeros y paisanos, entregándonos á un General para que militásemos á sus órdenes, al que le faltó tiempo para enviarnos á España, como prisioneros de guerra, para que fuésemos á servir de contento á la esposa del General.

Llegamos á Cádiz y no estuvimos sino horas en poder de la ilustre dama, porque decía que estaba *atrasada* y se adelantó á distribuirnos, separándonos á unos de otros, sin piedad ni remordimiento. Fué á parar á manos de un comerciante que tenía un hijo estudiando en la Corte, y mi nuevo amo me entregó á un arriero para que lo diese al indicado hijo al llegar á Madrid.

Encerróme el arriero en mugriento bolsillo, y sin luz ni aire respirable hice el viaje lleno de ilusiones al pensar que iba á encontrarme en la capital del reino.

Me recibió el estudiante, y después de breve lucha entre su conciencia y sus aficiones, me encontré en una sala, donde se desplegó á mi vista un extraño espectáculo. Alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde, había una porción de hombres pálidos y silenciosos. Uno de ellos movía sin cesar una baraja, y compañeros míos se hallaban diseminados sobre el tapete. ¡Me hallaba en una casa de juego! Allí me habían conducido; allí, donde á cada instante se firma tal vez la sentencia de muerte de algún infeliz padre de familia que se deja dominar por tan funesta pasión; allí, donde se juega el dinero y la honra, perdiéndose el primero sin recuperar la segunda. Al final de la jornada, quedé en poder del dueño de la casa, con la mayor parte de mis colegas.

Aquel industrial de mala ley, por no sé qué fechoría, de la peor especie, tuvo que emigrar y me llevó consigo á Francia. De allí pasé á Inglaterra, América, India

y no sé cuántos puntos más, recalando, por último, en la Habana, donde caí en manos de un español avaro que me encerró en lóbrega mazmorra durante muchos años, y con otros compañeros condenados á igual martirio, fuí traído de nuevo á Madrid. Murió mi amo, surgieron los indispensables sobrinos de todo tío millonario, los que me sacaron á la vida, á la luz y al sol, pero tuvieron que llevarme á una casa con hornos, chimeneas y terribles aparatos, porque, según decían, yo estaba mandado *recoger*, y era preciso *refundirme*. Sufrí crueles torturas, pero salí de nuevo al mundo, brillante y compuesto, con rostro muy parecido á la Reina Doña Isabel II y con el nombre de 20 reales. Es decir, en Méjico me bautizaron, y, sin duda, en Madrid me confirmaron.

Sería interminable el relato de esta nueva etapa de mi vida. Bástete saber que durante ella he servido para hacer limosnas forzadas en Semana Santa; para proporcionar alegre solaz en teatros, plazas de toros y circos; para apuestas en frontones y carreras de caballos; para dar entrada en bailes de máscaras á personas de dudosa conducta; para concurrir á un banquete de GENTE VIEJA; para pagar misas por devotos más ó menos auténticos; para comprar juguetes á niños, flores á jóvenes casaderas, y jarabes á ancianos, y pocas, muy pocas veces, para con mi limosna remediar necesidades de verdaderos pobres. Sería interminable la relación de mis vicisitudes, y llego rápidamente al final.

Hace unos meses me entregaron en pago de algunas provisiones á un honrado vecino de la provincia de Madrid, que al regresar á su pueblo y llevarme consigo, fué asaltado por unos hombres de siniestro aspecto, que le maniataron, quitándole cuanto llevaba encima.

Mis nuevos amos, que eran franceses, me trajeron con gran cautela y recato á Madrid, y en una cueva de una casa solitaria, al parecer deshabitada y medio hundida, sin apiadarse de mis súplicas, sufrí todos los tormentos que deben sufrir los condenados. Me atenazaron, me golpearon y me sepultaron en las llamas. Ultimamente me extrajeron hecho una momia, me arrancaron las entrañas, y trabajaron, convencidos, sin duda, de mi inocencia, en restituirme á mi forma primitiva; pero como el fuego y la tortura habían desecado mis miembros, les fué necesario, para volverme á mi volumen natural, que otro cuerpo extraño y oscuro como el crimen reemplazara á aquél que habían extraído, logrando, al fin, lanzarme de nuevo al mundo, resplandeciente y brillante, después de haber impreso en mis escualidas carnes el retrato de nuestro augusto Monarca Don Alfonso XIII y puéstome por nombre cinco pesetas, siendo ésta mi tercera transformación; pero, cosa extraña, desde entonces mis canas sólo han sufrido los desaires del menosprecio, y mis oídos, acostumbrados á las lisonjas y á los halagos, no oyen ya más que crueles inventivas y sarcasmos. Sí; me desprecian, me llaman falso..... falso yo, cuando la franqueza ha sido siempre mi lema, y la honradez mi escudo. Yo, que me he visto codiciado de los hombres, y ahora.....

Al oír estas últimas palabras hirió rápida mi imaginación una idea que me consternó. Hundí los dedos en el bolsillo, saqué la parlera moneda, la miré por todos lados, calculé su peso, y.... ¡oh desesperación! aquel duro, en que yo cifraba tantas esperanzas, era *falso*, más falso aún que la amistad de quien me le había entregado.

En el primer momento pensé arrojar al suelo á aquel malhadado duro; pero recordando sus vicisitudes, tuve lástima de sus torturas y, puesto que había sido víctima de manos francesas, decidí enterrarle en el campo de la Lealtad, ó sea en el jardinillo que rodea al monumento del Dos de Mayo, lo cual conseguí sin esfuerzo, gracias á las últimas lluvias que habían ablandado el terreno, que horadé con el bastón.

Descansa en paz—dije al cubrirle de tierra,—víctima de la codicia extranjera, al lado de los héroes que también fueron víctimas de la codicia del que tal vez en la historia se llame *coloso* de su siglo.

Y satisfecho de este rasgo de oratoria, indispensable en todo entierro civil, en que á falta de preces implorando piedad por el alma en lo futuro, se ensalzan las cualidades del difunto, como si le sirviesen para algo

después de enterrado, seguí por la calle de Alcalá, y al ver de cerca el *Banco de España*, objeto de mi admiración por lo que encierra dentro de sí, y no lejos á la *Equitativa*, dueña de mi cariño, por el bien que realiza, pensé cuán curioso sería oír contar sus cuitas á los duros encerrados en el primero, y á los millones de *dollars* que contiene la segunda; y resuelto á no conservar ni un momento más en mi poder á aquella misera *peseta*, testigo presencial de mi candidez, al llegar á la calle del Baquillo entré en casa de mi amigo Coipel, pidiéndole unas pastillas, que pagué con la peseta, para ver si me remendaban de un catarro que me trae á mal traer en estos días.

Al quedarme sin dinero, sin amigo, sin lotería y sin ilusiones, me confirmé más y más en la certeza de aquel refrán que dice:

que el que nace para ochavo  
no llega á cuarto jamás.

FERNANDO MELLADO

27 Diciembre 1902.

## DEFINICIONES

—¿Qué es un *banquete*?

—Reunión de amigos, correligionarios ó admiradores que, sentados alrededor de una mesa, comen, generalmente estrechos, generalmente poco, y generalmente mal.

—¿Qué es *derecho público*?

—El que todo el mundo tiene de escudriñar las vidas ajenas, levantar falsos testimonios, y convertir los adoquines en diamantes.

—¿Qué es *albarda*?

—La librea del asno. Los hay que no la usan y viven y mueren sin quebrantar el incógnito.

MANUEL DEL PALACIO.

## LAS CAUSAS DE UNA CRISIS

### Cuento del siglo pasado.

CUATRO PALABRAS Á GUIA DE PRÓLOGO.

En Dios y en mi ánima, caro lector, que te vas á llevar solemne chasco.

De fijo habrás pensado, al leer el título de este engendro, que voy á contarte la historia interna de una de esas crisis ministeriales que tan hondamente preocupan.... á los últimos escritores y á los que están en potencia propinqua de pillar una cartera; y aunque de crisis, y de crisis política se trata, nada vas á sacar de ella en limpio, ni para la crisis presente, que de fijo la habrá, sea cualquiera el momento histórico, como ahora dicen, en que esto leas, ni para las que vendrán con ó sin cesantías, ni (y este es mi dolor) para la honra y fama del famoso sistema representativo. Vas á conocer las causas verdaderas de una de las más famosas crisis de aquellas famosas épocas en que tanto daban que cavilar los vaivenes de la política, y voy á presentarte personajes que en seguida conocerás, aunque no los nombro. El señor gordo que discutía en el Ateneo, el joven marqués revolucionario, han existido; del primero queda aún el nombre en aristocrática calle; del segundo nos queda buena memoria á los que fuimos sus amigos; de uno y otro puedes aprender lo que era entonces la política, cuando no había cuestiones sociales, ni *meetings*, y los bonachones progresistas tenían como el *summum* de aspiración el Jurado, la Milicia nacional y el Sufragio universal. Pocos atractivos tendrá, pues, esto para las modernas gentes; pero aún puede que nos sirva á todos de enseñanza para cuando seamos ministros, cosa á que estamos expuestos todos los españoles mayores de veintitrés años y sin cesantía; que no en vano nos declara iguales á todos la Constitución, por más que se rían de esta igualdad á sus solas no pocos de los constituidos. *Vale*.

## I

Pensando á un tiempo y andando  
en el cementerio di.....

(N. SERRA.)

Por supuesto que el pobre Serra, al decir esto y al pintar aquella bellísima escena, no sabía lo que se decía. Lope no conoció los cementerios más que en las iglesias; y aunque el hecho de enterrar de caridad y con sus propias manos un cadáver es histórico, no pudo pasar fuera de la puerta segoviana, entrada del Madrid viejo, por la razón sencilla de que no había allí cementerio ni cosa que lo valga.

Pero como sí le había en mis tiempos, á mí sí me sucedió lo que vas á leer, porque yo tenía la costumbre extraña de ir de paseo á un cementerio, hasta el punto de que los mismos sepultureros me trataban ya como aficionado. ¡Cuántas cosas he visto allí! Conozco prácticamente los nichos, y suelo preguntar por mis muertos á quienes en vida no conocí.

He visto algun sepulcro en el que se leía: «El inconsolable viudo, etc.,» cuyo apreciable sujeto se pasea hoy del brazo de otra mujer, perfectamente consolado á los cuatro meses de muerte la anterior. He visto..... ¿pero á qué decir lo que todo el mundo ve? Voy al cementerio porque me parece que mudo de sociedad, que salgo de esta en que vivo, que me constituyo en otra. ¡Triste sociedad la sociedad de los muertos! pero sociedad real, positiva, que influye sobre nosotros, que nos comunica sus impresiones, y el que no las siente es porque tiene muerta el alma; que nos habla, en fin, algunas veces de una manera directa, como desgraciadamente me ha sucedido. No se alarme el lector; aquí no hay nada de espiritismo; todo es, no sólo posible, sino real, positivo, histórico. Se me antoja, sea dicho de paso, que al espiritismo le falta algo, y aun algos, de esto. Pero, lo repito, ahora no tratamos de espiritismo.

Mi cementerio favorito era, hacía algun tiempo, el de la Patriarcal. Paseando bajo de sus galerías he visto ponerse el sol muchas tardes, y sentado en las gradas de la capilla he leído con avidez las obras admirables del autor de *Romeo y Julieta*. Nueva vida prestaba aquella escena á las encantadas páginas de Shakspeare: ya á los dulces coloquios de los dos amantes, ya á la terrible inquietud de Macbeth, ya á las violentas pasiones de Cleopatra.

Solamente los sepultureros, gente especial que tan bien supo pintar el eminente autor de *Hamlet*, solían interrumpir mi lectura, mis reflexiones y mis estudios con sus saludos ó con el ruido de sus fúnebres herramientas; porque en aquel cementerio, como en todos los demás, no sólo se da sepultura á los cadáveres, como debía ser, para no tocarlos jamás; no sólo se ataca el derecho de la trompeta del juicio final, única que le tiene para remover las tumbas, sino que frecuentemente las sepulturas se abren para dar cabida á nuevos cadáveres; son, en fin, los muertos como unos inquilinos á quienes se desahucia por falta de pago, sin citarles ni oírles en juicio.

Una tarde, pues, en el momento en que yo entraba en el cementerio, el sepulturero, mi amigo, daba golpes con la piqueta en uno de los nichos. Conocedor del terreno como él, y sabiendo que allí no podía enterrar, comprendí que precisamente desenterraba, y corrí á él casi furioso:

—¿Qué va Ud. á hacer? dije, como si hubiera visto que cometía un crimen.

—¡Ah! ¿Es Ud.?—me dijo;—buenas tardes. Nada; voy á sacar á éste, que hace un siglo que no pagan.

Eché una rápida ojeada á la lápida. Ocupaba el nicho el cadáver de una señorita fallecida en 1838, á los veinticinco años de edad.

—¡Hombre!—le dije—¡cuánto siento que remueva usted mis muertos! Déjela Ud. en paz.

—¿Qué quiere usted? Hasta el año 1860 han venido pagando el nicho; después, ó habrán muerto sus parientes, ó..... (el sepulturero no se atrevió á concluir su pensamiento); así que esta mañana me dijo el conserje: Hay que sacar ya al 211; luego, ya sabe Ud. cómo está todo; no hay donde enterrar.

La reflexión, hecha con una frialdad que helaba de

espanto, era tan horrible como exacta. El sepulturero no ignoraba mis conocimientos prácticos en el cementerio; me trataba como *de la casa*.

Permanecí allí por mera curiosidad; estaba familiarizado con aquel espectáculo. La lápida que se arrancaba en aquel momento llamaba á aquella señorita doña María Luisa Ildearrieta, y debajo tenía unos versos que no me tomé el trabajo de leer. Los versos en un sepulcro son siempre de un efecto desdichado, ni más ni menos que todos esos rótulos con que los inteligentes y sentimentales individuos de la junta directiva de una Sacramental procuran adornar aquella triste mansión. La idea de la muerte es tan grande, que nada basta para expresarla; es tan descarnada como su emblema: no tiene más que un signo que la represente: la palabra muerte; no tiene más que una figura que la ofrezca á los sentidos: el esqueleto.

Y si fuésemos á parar mientes en los versos y rótulos, aun oficiales, que en los cementerios se parecen á lo mejor..... casi piensa uno que sólo se ha querido despertar la risa del vivo ante la presencia del espectáculo de la muerte para que la olvide. Pero no referiremos ninguno, no citaremos..... dé miedo de que, no sólo las musas, sino el sentido común, puedan alarmarse si otra cosa hacemos.

Por fin, salió la lápida y el débil tabique cedió á los pocos golpes de la piqueta mortuoria hábilmente manejada, dejando ver el interior del nicho. Confieso que me acerqué á él con ansiedad. Un olor extraño, que ya por mi práctica sepulcral conozco, llegó hasta mí y me estremeció; por lo demás, allí nada había de particular; vióse un ataúd que debió ser azul, con unos clavos que pudieron ser dorados. El sepulturero, que no se detenía en estos detalles, metió con repugnante tranquilidad la cabeza y ambas manos, y arrastró el féretro, que pocos momentos después estaba en el suelo.

—Sitio para otro, dijo—con horrible tranquilidad.

Yo me acerqué al ataúd. Habría tenido llave, pero estaba podrido y con la mayor facilidad levanté la tapa. Los últimos rayos del sol iluminaron entonces la descarnada calavera de aquella joven, tal vez un día llena de ilusiones y esperanzas. Por allí andaban esparcidos algunos de sus dientes, que conservaban una blancura notable; todo hacía sospechar, no sé por qué, que había sido una mujer bella. Del traje, que también debió ser azul, conservábanse apolillados y carcomidos restos; me atreví á levantar los huesos del brazo derecho, no sin cierto estremecimiento. Debajo de él había un rollo de papeles atados con una cinta que se conservaba entera.

—Aquí tiene un papel—dije tomándolo.

—Serán las bulas, replicó el sepulturero, que sin cuidarse de mí andaba limpiando la galería; antes se ponían á todos; pero en estos benditos tiempos.....

Yo no le escuchaba; porque el amarillento papel, que me apresuré á desarrollar, no era lo que aquel hombre pensaba, sino una cosa muy diferente. Sólo había leído, la primera hoja, y era una carta, de cuyo contenido vas á juzgar, y figúrate, lector, si me apresuraría yo á guardar cosa tan sabrosa como aquello prometía ser. ¡Y hallado en un sepulcro! ¡en el sepulcro de una mujer! Vamos, te aseguro que ni el descubrimiento de una ánfora y una hacha, con alguna inscripción celta ó fenicia, que por supuesto malaño si hubiese entendido, me hubiera contentado tanto como aquellos papeles escritos hacía pocos años; pero..... por una muerta!

Tan preocupado estaba, que no evité la horrible profanación, que para mí lo era, y que pude evitar á poca costa. Cuando volví en mí ya no estaba allí el féretro;..... miré, y como el Ariel de la Tempestad de Shakspeare, creí que había volado:

«On the bat's bak, I do fly  
After summer merrily.....»

Pero, por lo que vi en seguida, no alegremente, sino de un modo bien triste, habían desaparecido para siempre aquellos pobres restos, que tanto comenzaban á interesarme. El sepulturero apareció en lo alto de una calle con una caja vacía al hombro, la tiró al suelo, acabó de separar con su piqueta aquellas podridas tablas, y echándolas á un rincón de la galería me dijo:

—Para la lumbre; nosotros no gastamos otra leña.

—¿Pero y el cadáver?

—¡Toma! ya está allá..... ¿Iba Ud. acaso á pagarle el nicho?

Me despedí de aquel hombre..... es decir, me marché sin decir nada, y horriblemente impresionado con lo que acababa de ver, me encaminé lentamente hacia mi casa.

FELIX DÍAZ GALLO.

## LA CIGARRA

Amor del sol mi origen es divino;  
embelesando Sócrates me oía;  
delicias era de la Grecia un día;  
me habló Virgilio en verso peregrino.

Cantar, amar, morir es mi destino;  
yo de la ciencia gaya en la porfía  
el premio soy que el trovador ansía,  
canto la siesta en odorante pino.

Soy la cigarra: en el tendido llano  
nací, de Junio en el calor primero,  
alma del trigo y su fecundo grano.

Y enamorada de la luz, espero  
la encendida mañana del verano,  
y canto el sol.... y cuando canto muero.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

## LA DECENA INTELLECTUAL

No han tenido lugar en la decena últimamente transcurrida, más propia de la holganza y la bulla que las fiestas de Pascuas traen consigo, que de la laboriosidad y el recogimiento que los esfuerzos cerebrales necesitan, grandes manifestaciones que se relacionen con el movimiento intelectual, exceptuando los dos concursos abiertos por *El Liberal* y *El Herald*, de cuyos resultados no nos ocupamos, por ser perfectamente conocidos del público.

En casi todos los Centros y Asociaciones se suspendieron temporalmente los cursos y conferencias, aprovechando algunos de ellos las tradicionales vacaciones para el nombramiento de Juntas directivas, aprobación de cuentas y otros trabajos propios de su constitución y añejos á las postrimerías del año. El Centro Gallego, que tan brillantes pruebas viene dando de su existencia, eligió en Junta general su directiva para 1903, después de aprobar una luminosa Memoria leída por el Secretario, Sr. Lois.

Inauguró sus tareas el Centro general de dependientes de comercio, Mayor, 1. Ocupó la presidencia el señor Sáinz y Romillo é hicieron uso de la palabra los señores Muley, Gil, Martí, Núñez, Martínez y Colona, siendo todos muy aplaudidos por la numerosa concurrencia que asistió al acto.

Notabilísimo fué el concierto dado en los salones del Círculo de Bellas Artes por el joven pianista Don Benjamín Orbón, que interpretó con gran gusto y sentimiento el selecto programa, formado por obras de Beethoven, Schubert, Listz, Chopín, Grieg, Wagner y otros eminentes compositores. A la grata velada puso término el Sr. Sampedro cantando varios trozos de diversas óperas, admirablemente acompañado por el distinguido *amateur* Sr. Urgellés.

Fácil palabra, dicción correcta y gran competencia científica ha demostrado el Capitán de Artillería señor Diez Marcilla en las dos conferencias que pronunció en el Centro del Ejército y la Armada, acerca del estado actual de la Artillería española en lo que al tiro se refiere. El orador fué muy aplaudido y escuchado por el numeroso público con creciente interés.

Celebró sesión pública la Academia Médico-Quirúrgica, interviniendo en la discusión los doctores Bravo (D. Juan), González Campo, Barragán y Mansilla, que presentó algunos casos clínicos. En la Sociedad Odontológica Española disertó D. Manuel Mon sobre «La construcción de un nuevo diente».

Nuestro compañero en la prensa D. Manuel Feito-mayo dió en el Fomento de las Artes una conferencia sobre el tema «Crítica de un drama.»

CAGLIOSTRO

## MEDIO SIGLO EN MEDIA TARDE

(RECUERDOS DE ANTAÑO)

### III

No había más apelación, en tan apurado trance, que la de seguir el camino trazado por la ciencia, y ésta tenía pronunciada su última palabra; á Panticosa, pues, era indispensable ir á jugarse el todo por el todo. Los más eficaces reactivos para calmar la intranquilidad de la joven esposa de Cánovas eran, sin duda, los persuasivos consejos de éste, reanimando el espíritu de aquélla.

Al salir de *Eaux Bonnes* aquel ángel que tantas simpatías despertaba en todas partes, ya no apetecía ver á nadie, motivo por el cual sólo entraron á saludarla sus queridas amigas Pura Fontán, hoy viuda del Pazo de la Merced, María Daguerré (Condesa de Munter), que con su aya esperaba en aquel hotel el regreso de sus hermanos los Condes de Iranzo, que se hallaban en París, y la Princesa de la Paz, dos veces casada con Godoy; esta ilustre y venerable dama, que tantas amarguras pasó en su larga y azarosa vida, al separar sus brazos del cuello de aquella interesantísima enferma, en quien tenía puestos sus cinco sentidos, lloraba á hurtadillas lágrimas del corazón. Del sexo feo sólo pasaron á despedirla, por parentesco ó antigua amistad, los señores Elduayen, Conde de la Patilla, el actual Director del Monte de Piedad, D. José Alvarez Mariño, y Barrié.

En coches, y á paso de galera, llegamos á Gabas, donde se hizo noche, cruzándonos allí con otro matrimonio que, por la misma causa y del mismo modo, hacía el viaje en sentido inverso; pero más afortunado éste en su peregrinación buscando salud, la distinguida esposa del coronel de Estado Mayor, Zea, salió adelante.

En litera la enferma, y en caballerías su acompañamiento, atravesamos los más altos picos de los Pirineos hasta llegar á Sallen, en este punto descansó dos días la resignada doliente en casa de los Sres. Fanlo, de quienes recibió los más tiernos y solícitos cuidados. En la misma forma llegamos á Panticosa; allí, el elemento sagastino, que por entonces no andaba bien de salud, como después dió repetidas pruebas, dirigido por el popular Paco Martínez, preparaba una ruidosa ovación á la esposa del Ministro del bando contrario en activo, que no se verificó porque, adelantándome yo para hablar con el dueño de aquellas prodigiosas aguas, Don Manuel Esponera, les informé del lamentable estado en que se encontraba la dama que pretendíase ovacionar. Al ver aquellos típicos incipientes lo quebrantada que en efecto iba la que ni por ensueño podían suponer tan avanzada en el mal que con tanto ardor y poca fortuna combatía Suñer y Capdevila, el entusiasmo de los galantes bañistas, se trocó en duelo.

¡Horrible día! Al tomar la primera inhalación en este balneario nuestra ilustre y querida enferma, sufrió un prolongado síncope, seguido de tan rudo ataque de disnea, que por espacio de algunas horas temióse quedara en él; pero Dios quiso darla el consuelo de que fuera á dejar la mísera existencia de esta pasajera vida á su propia casa.

Su angustiado é impaciente esposo, que veía el funesto giro que iba tomando el mal que aquejaba á la elegida de su corazón, al siguiente día de iniciarse una relativa mejoría, mandó disponer un faetón en condiciones de que su idolatrada esposa llegase con la comodidad posible á la primera estación ferroviaria. Muy despacio caminó el coche hasta Jaca donde se descansó otro día, hospedándose el matrimonio y una antigua doncella de la casa en la Ciudadela, y el Barón del Solar y los Diputados de la provincia Sres. Esponera y Gavín, que nos acompañaban, en el palacio obispal.

Hecha esta jornada sin contratiempo que impidiese

continuar la marcha, salimos para Ayerbe, haciendo escala en el palacio del Marqués de este nombre, puesto á disposición de Cánovas por su ilustre y noble propietario, que se hallaba ausente, y con las mismas precauciones, llegamos á Huesca y Zaragoza, donde sus respectivos Gobernadores, Sres. Gambel y Capeláztegui, tenían dispuesto alojamiento adecuado al caso y cumplida á la amistad particular de aquellas dignas autoridades. Ya en el tren, sin átomo de esperanza, llegamos á Madrid á fines de Agosto de 1865, y por la estación del Norte el célebre Ramón, como dieron en llamarle por la semejanza de sonido de este nombre con el de Raimundo, que era el suyo, pronunciado en francés; con éste venía su consorte la buena Dorotea, que tan meritorios servicios prestó á su inolvidable ama desde que la conoció en *Eaux Bonnes* hasta el fin de sus días; servicios que más tarde continuó prestando en la *Huerta* este honrado y fiel matrimonio, cesando en ellos al salir ambos de allí para la eternidad.

El día 3 del siguiente mes, todo había concluído para la primera mujer de Cánovas del Castillo, quedando éste en el mayor desconsuelo.

Las señoritas de Barnuevo y Teresa Mirasol, primas de la difunta Concha, se encargaron de vestirla de hábito blanco como el arminio, cubriéndola luego de flores y besos. El cuadro que presentaba el salón que sirvió de capilla ardiente á la primera mujer de D. Antonio Cánovas del Castillo en el momento de ser amortajada, era digno del pincel de Rafael: el féretro se hallaba en el suelo rodeado de jóvenes que parecían ángeles enviados del Cielo para recoger el último aliento de aquella santa mujer, que murió con resignación cristiana y sus cabales sentidos puestos en Dios. Unas se hallaban sentadas en la alfombra y otras en cojines, entresacando de las bandejas las más lindas flores para festonear el pálido rostro de la ingrata amada prima que las abandonaba; ni una lágrima, ni un sollozo; las adorables niñas, en su ardiente y consoladora fe, veían el alma de su difunta prima en brazos del Señor.

Yo, que venía tratando toda mi vida á Cánovas, jamás le vi perder el sueño ni el apetito en ningún trance de su larga existencia pública, por comprometido que estuviese ni por graves que fuesen las circunstancias que atravesara; tanto debió impresionarle y agitar sus nervios la prematura muerte de su amantísima Concha, que por primera vez noté en su ser el fenómeno de que pasara toda una noche sin conciliar el sueño ni tomar en veinticuatro horas más alimento que algunas tazas de caldo que el leal Ramón obligábase á tomar con ayuda de los que ni un instante abandonábamos al dolorido esposo.

Notorio es, la adhesión, el respeto y el cariño que yo profesaba á este hombre singular, que se había consagrado por entero al servicio de su Patria sin temor á las amenazas, como lo es también el raro caso de que los que más entorpecían su invariable marcha gubernativa sean ahora los primeros en echarlo de menos, tomándolo á cada instante por modelo de corrección, legalidad y patriotismo.

Obedeciendo á mis naturales sentimientos, en las enfermedades del eminente patricio, en sus desgracias y en los días de peligro, no sabía separarme de su lado; en su casa, pues, permanecí todo el novenario, siendo testigo del duelo universal que produjo su sensible pérdida, á juzgar por los millares de cartas y telegramas que de todas partes del mundo se recibían. Terminado éste, sentados á la mesa un día, me dijo Cánovas que, si no tenía inconveniente en ello, vería con mucho gusto que me fuese á vivir en su compañía; á esta proposición, que indicaba el afecto y confianza que yo le merecía, contesté manifestándole mi gratitud por el honor que me dispensaba, y juntos vivimos como hermanos, sirviéndole con celo y lealtad, en todo lo que permitían mis escasas facultades, hasta que volvió á mudarse á la casa de donde salió su difunta primera mujer, nunca bastante sentida, para casarse.

Cánovas poseía todos los dones que Dios puede conceder al hombre; fué todo lo que hombre puede ser en la tierra; pero sólo fué feliz durante su primer matrimonio y el día que vió sentarse en el trono de sus mayores al malogrado Rey Don Alfonso XII.

JOAQUÍN RIVERA DEL PINO

## MI ÚLTIMO AMOR

Yerto mi corazón, sin esperanza reposaba en mi pecho triste y frío, mirando con dolor en lontananza desaparecer la imagen del bien mío.

De pronto una mujer, cuya mirada en la luz de los cielos se encendía, cuya boca, de aromas perfumada, placeres inefables prometía,

Vi aparecer: y absorto, entusiasmado volvió á latir el corazón inerte: en pos de ella corrí, y enamorado tendí mis brazos y abracé á la Muerte.

MARIANO CAPDEPON.

## LA CASA DOMECCO

Cierto que en la vida moderna se ha exagerado la propaganda; no ya sólo de los centros comerciales é industriales, sino que hasta de pequeñas tiendas y destilerías que tienen un solo alambique, se han hecho sendos artículos en la prensa periódica, con lo cual el público se ha acostumbrado á mirar una parte de la prensa como la esquina en que se pega un cartel mediante un impuesto,

Este uso de un derecho legítimo para ambas partes del industrial más ó menos importante que busca la publicidad, y del periódico que la cobra, han hecho que los juicios de la prensa no ofrezcan siempre para el público aquella confianza que ofrecieron antes.

Precisa, como en cierta ocasión decía D. Francisco Silvela, «que el estudio concreto, positivo, documental de los elementos de nuestra riqueza creada, sean de tal importancia que el país, apartado de contiendas puramente políticas y tranquilo en sus fundamentales organismos, vuelva la vista cada día con creciente interés á los adelantos de la industria.»

Y ahora añadiremos nosotros que, cuando se trata de explotaciones agrícolas comerciales é industriales como la de la casa de D. Pedro Domecq, de Jerez, que desde 1730 en que se fundó, cada día goza de más crédito y ensancha el círculo de sus operaciones, una ligera noticia de lo que esta casa representa en la riqueza nacional no es un artículo de propaganda, sino una información interesante, que prueba hasta dónde la inteligencia, la honradez y el trabajo de tres generaciones pueden elevar la producción del vino jerezano.

La casa Domecq, que ha estudiado científicamente el valor tónico, higiénico y terapéutico del vino de Jerez, que tuvo el gusto de ver reconocido que el vino jerezano es el auxiliar más poderoso con que puede contar el médico y que este reconocimiento se hiciera en las Actas del Congreso Médico Internacional celebrado en 1882, ha sabido coleccionar su negocio á gran altura, y eso que luchan con una falsificación tremenda, que se realiza en el mundo entero.

Los vinos de Jerez son *singulares*. No tienen *similares*, y por consecuencia, hay muchas gentes que creen beber vino de Jerez cuando beben inmundas falsificaciones.

La importante casa de que nos ocupamos tiene divididos sus trabajos en cuatro partes: Cultivo de la vid y elaboración del mosto; almacenado y añejamiento del vino; exportación y venta; destilación de los mostos; y estas operaciones se hacen en terrenos, en lagares, en bodegas y en dependencias propias y exclusivas de la casa, y sin la intervención de ninguna persona estraña. Los vinos añejos de Domecq se pueden ofrecer hasta de ciento cincuenta años, porque la casa tiene esta antigüedad y no puede ocurrirle lo que á los establecidos recientemente en el negocio, que ofrecen como muy añejos vinos cuyo origen desconocen.

Dueños de más de setecientas aranzadas de viñas, estudiados los terrenos, la variedad de tipos y calidades que pueden ofrecer, seguramente no pueden presentarlas los que no lleven los años de trabajo que los señores Domecq llevan, porque esta es una familia que

en la sucesión de personas ha mantenido la constancia de unos mismos ideales, siendo en realidad una misma casa y entidad permanente, que subsiste mucho más que la breve vida de un hombre.

Como cosecheros, como almacenistas, como extractores de vinos y como destiladores, sin reclamo y sin propaganda, y únicamente dando á cada uno lo que es suyo, hay que reconocer que la casa Domecq es la primera de España.

GARCI-FERNÁNDEZ

Copiamos de *El Liberal*:

### «Alicante Agrícola»

F. Navarro Alenda.

S. FERNANDO G.

En el número 8.460 de este periódico correspondiente al día 8 del actual, nos ocupamos de dicha casa, y debido á la rapidez con que la visitamos, cometimos en la publicación de nuestro artículo una inexactitud que, con verdadera modestia, nos suplica el Sr. Navarro que rectifiquemos.

No son los productos del Sr. Navarro, que fueron premiados en la Exposición de Lille, como por error dijimos, sino los de la casa «The Anglo Continental (late Ohlendorff's) Guano Works», que el expresado señor representa, y cuyas especialidades en verdadero Guano del Perú disuelto y concentrado han obtenido además desde 1865 á 1902 cuarenta y cinco primeras medallas y diplomas de honor en cuantas Exposiciones se han exhibido, habiendo sido consideradas fuera de concurso en la de Bruselas de 1897.

Su acción en el suelo, además de fertilizar las plantas, sana y suaviza las tierras como toda materia orgánica, lo que realizaría el ideal si pudiese obtenerse con los abonos minerales. De ahí el éxito y gran importancia que cada día van adquiriendo las importaciones directas de los Guanos del Perú á los principales puertos del Norte de Europa.

En primeras materias fertilizantes ó abonos minerales representa el Sr. Navarro importantes casas productoras, y contestará con gusto facilitando los informes que se le pidan referentes á fórmulas, precios, etc.

A los agricultores que deseen hacer algunas experiencias prácticas con toda esrupulosidad é informarle del curso de la vegetación y resultados obtenidos de los ensayos, además de quedarles agradecido les facilitará gratis las cantidades necesarias, tanto en Guano del Perú como en primeras materias.»

## RATOS DE SOBREMESA

### La Patria.

CARMENCITA. — Habrá ido á fumar un cigarrillo.

DON JOSÉ. — No lo siento por el dinero que cuesta el tabaco, tanto como por el gasto de salud que lleva consigo. ¿Y mamá, dónde ha ido? La verdad es que no acostumbran á dejarnos tan solos después de comer.

C. — Debe estar dando la ropa á la lavandera, porque la he oído hablar. Ya está aquí, y también Antonio.

D. J. — Llegáis muy á tiempo; porque si tardáis un minuto más, me levanto y me marcho. Quería deciros hoy cuatro palabras acerca de la Patria; de lo que significa, en mi concepto, esta palabra, y de las ventajas é inconvenientes de lo representado por ella.

D.<sup>a</sup> CATALINA. — ¡Ya me extrañaba á mí que pasaran tantos días sin que tuviéramos sermón! Pues si lo sé, no entro.

D. J. — No creo que pierdas nada por escuchar tú también lo que pienso decir acerca de esto á nuestros hijos; pero si tienes algo que hacer con premura, no te consideres obligada á dejarlo por oírme.

D.<sup>a</sup> C. — Lo que tengo es mucho sueño, porque hoy

he madrugado más que de costumbre. Conque, si doy alguna cabezada, no lo extrañéis. Os lo advierto.

ANTONIO. — Empiece usted, papá, y deje usted á mamá que duerma lo que quiera. ¿Qué es lo que piensa usted acerca de la Patria?

D. J. — La Patria, como la justicia y tantas otras cosas respetabilísimas — incluidas la religión y la ciencia, — tiene por base un sentimiento, tan espontáneo como todos ellos, y que á la manera de cuantas facultades poseemos — igual que ocurre con las de los demás seres de la Creación, — puede presentárenos en estado silvestre ó cultivado. En el primero, se considera ya poco menos que enemigo al *extranjero* y al *forastero*; peleándose con ellos por el menor motivo y obteniendo esas hostiles calificaciones todo el que no habla la propia lengua, no obedece al propio jefe, ó no habita en la misma ranchería, aldea ó población, que el inculto. En tal estado, las naciones, tribus y poblados de toda clase se suelen odiar y maltratar, sin más razón que la diferencia de idioma, de traje, costumbres, profesión, ó sencillamente por no ser de la familia de casa; porque á veces llega á tanta estrechez la *Patria*. En lo que hoy se entiende por *estado culto*, los habitantes saben disimular sus respectivas prevenciones mejor que aniquilarlas; pero logrando, sin embargo, no reñir sino por excepción con los vecinos, no convertir en campos de batalla las romerías, y no armar guerras internacionales por el robo de una mujer más ó menos Elena, ó por una diferencia de religión ó de política, y menos aún por apoderarse de lo ajeno. Desgraciadamente, se dan todavía malos ejemplos aun por los pueblos más adelantados; muchos de los cuales permanecen armados hasta los dientes, con un mutuo recelo que los hace muy poco honor, y para el que sirve de principal móvil el nombre mal entendido de *patria*. Está visto que de lo que más se abusa en este mundo es de los sentimientos del corazón, por lo mismo que son ciegos y necesitan del lazarillo del juicio. Si éste no tiene los ojos bien abiertos, ¡pobres de todos! porque entonces ni las fieras igualan á los hombres, desprovistas como éstas se hallan de una inteligencia que sirva sus instintos, cual lo hace la del hombre víctima de éstos, por ruda que ella sea. No hay más defensa, por lo tanto, contra tales males de la Humanidad, que perfeccionar y robustecer con la debida educación ese juicio que ha de servir de guía á nuestras acciones; ó sea, hacer todos los hombres lo que yo hago con mis hijos y conmigo mismo; porque al estudiar y meditar para ellos, también estudio y medito para mí. Aquí tienes, querida Catalina, la explicación de estos ratos de sobremesa.

D.<sup>a</sup> C. — La verdad es que los sabios de nuevo cuño armáis un laberinto de cosas, que el demonio que lo entienda. Cuando ye me crié, no se necesitaban tantas andróminas para que una señorita aprendiese á ser mujer de su casa, y para que un joven siguiera su carrera...

A. — Ya, ya lo habíamos conocido. Así iba ello.

D.<sup>a</sup> C. — Si lo dices por mí, estoy tan bien educada como la primera, y no necesito que nadie me dé lecciones para cumplir con mi deber; mucho menos un hijo. ¡Pues no faltaba más! ¡Si mis padres viviesen... y oyeran estas insolencias!

D. J. — Antonio: ¡Cuidado! Si presumes de tener una superior educación, debes empezar por no presumir de ella, ni de nada. Sólo así probarás tenerla, honrarás á quienes procuramos dárte la y pagarás en buena moneda nuestros cariñosos esfuerzos por conseguirlo.

A. — Perdón, mamá. Ha sido un pronto.

D.<sup>a</sup> C. — Quedas perdonado; pero ya no es la primera vez, y deseo que sea la última.

D. J. — Así debe ser, y espero que así será; aun cuando conozco que esta soberbia que acaba de mostrar Antonio, que este espíritu de violencia para con los demás, es inherente á la especie humana y necesita mucha lima, mucho trabajo de la reflexión, para lograr que ésta se haga capaz de contenerle, refrenando sus desatinados ímpetus. Pues si entre hijos y padres se desata y hace de las suyas esa desconsideración atropelladora, ¿qué extraño será verla originar las disputas de vecindad, las peleas de romeros de diferentes pueblos, las luchas de distintas tribus y las guerras de las diversas naciones? Y si es difícil enseñar prudencia á un hijo,

¿cuánto más no ha de serlo el enseñársela á las multitudes? Pero no hay otro camino que éste de la enseñanza de la verdad, que es como decir del bien y de lo útil; el camino de toda virtud, por muy largo que sea y por consiguiente, cumplo con mi deber guiando por él á mis hijos. Lo que siento es no poder hacer otro tanto con todo el mundo.

D.<sup>a</sup> C. — Bueno que nos sacrifiquemos por nuestros hijos, y que les enseñes todo lo que te parezca conveniente; pero en cuanto á los demás, acuérdate del refrán de *el que quiera truchas*, lo que se sigue; y aquel otro de *quien sirve al común, no sirve á ningún*; porque nadie se lo agradece.

D. J. — Esa no es razón para que dejemos de hacer en esta vida todo el bien que podamos. Si así no lo hubieran hecho antes que nosotros millones de nuestros semejantes, nos encontraríamos todavía en estado salvaje. Conque empecemos por admitir y extender un concepto de patria respetuoso para la de los demás, si queremos ver respetada la nuestra, y que sirvan todas para lo que deben: que es para despertar la emulación en el trabajo, como lo hacen las variantes todas del amor propio, del cual es el patriotismo una de tantas. El trato con las demás naciones tiene, para esto, la mayor eficacia; porque él hace conocerlas, ser justo con ellas y estimarlas, pues no en balde se ha dicho que es engendrador de cariño. En tal concepto, la invención de navegar por el aire, que está á punto de realizarse, excederá en eficacia á los ferrocarriles — y aun á la misma imprenta, — para hermanar á los hombres, puesto que borrará de todo punto las fronteras.

D.<sup>a</sup> C. — ¿De modo que nos quedaremos sin patria?

D. J. — Habremos dado, por el contrario, el mayor paso en el camino de tener la más grande posible: el mundo.

D.<sup>a</sup> C. — Te veo — á veces con miedo — irte por los espacios imaginarios, como haces ahora. ¡Qué afán de soñar despierto! El día menos pensado pierdes la chaveta, como Don Quijote; y veremos á ver entonces si nos vienen á amparar las gentes por quienes te desvives. ¡Ya, ya!

D. J. — Por ahora no hay cuidado. Estáte tranquila, y en vez de asustarte, goza con que nuestros hijos levanten su frente lo posible, conozcan el pasado, contemplan el porvenir y formen así cabal concepto del presente, para aprovecharle con acierto y guiar también debidamente á su descendencia, cuando les llegue la hora. ¿Estáis conformes, hijos míos?

C. — ¡Padre de mi vida, traiga usted esas manos, se las beso!

A. — Yo también quiero una.

D.<sup>a</sup> C. — ¡Si no llorase, reventaba!

EDUARDO SÁNCHEZ Y RUBIO.

## BIBLIOGRAFIA

Como ha pasado ya mucho tiempo desde que se estrenó en NOVEDADES *La flor del almendro*, sobre el ejemplar voy á decir cuatro palabras en esta bibliografía.

Arturo Perera ha hecho un drama lleno de realidad y de vida, cuyos dos primeros actos son un modelo de vida cortijera, palpitantes de verdad y admirablemente llevados.

El esbozado tipo de Fernanda y el delineado de María, son dos verdaderos aciertos.

La acción está llevada á la moderna, sin monólogos enojosos y *vivido* el drama escena por escena. Todos son personajes de carne y hueso, y cada uno tiene su alma, que pinta Perera en el hablar y en el hacer de cada cual, substrayéndose al vicio, hoy en boga, de ser la del autor la única alma que se expresa bajo el tipo de cualquier personaje.

María, la flor del almendro, obra y habla con arreglo á su temperamento y condición resignada, y son sus soluciones sencillas é inocentes como ella misma. Fernanda es la señorita educada con esmero, y se agita con toda la delicada dignidad que exige su abolengo. Luis y Julio, señoritos sevillanos muy bien pintados,

se demuestran como deben, y en Gaspar y Andrés se personifica toda la plétora y abrupta naturaleza del país.

Si Perera y si Arniches me dijeran las fechas en que se escribieron *La flor del almendro* y *El puñao de rosas*, diría algo más.

\*  
\* \*

La novela *Misterio*, que acaba de publicarse y que ya se está traduciendo al inglés y al francés por una importante casa editorial, demuestra la flexibilidad del talento y las variadísimas aptitudes de su célebre autora, Emilia Pardo Bazán, cuyo solo nombre basta para elogio. *Misterio* pertenece al género histórico-novelesco, que actualmente está en favor, y no tiene nada que envidiar, como interés palpitante, á las renombradas obras de Sienkiewicz. La acción pasa á principios del siglo XIX, y versa sobre uno de los enigmas obscurísimos que á veces ofrece la historia: la suerte del Delfín, hijo de Luis XVI, que, según testimonios dignos de crédito, no murió en el Temple, como suponen otros historiadores.

A pesar de que *Misterio* no pertenece á la escuela realista, en que tantos triunfos ha conquistado Emilia Pardo Bazán, en este libro también brillan las dotes del galano estilo y del hermoso lenguaje que colocan á la ilustre maestra por derecho propio entre los clásicos españoles, modelos de literatura. La narración es sugestiva en alto grado, y ni por un instante deja de atraer al lector, obligándole á apurar hasta la última página con encanto. Los editores, Sres. Bailly-Bailliére é Hijos, no han escatimado gasto para publicar esta obra, que han impreso en papel couché, ilustrándola con numerosos grabados, debidos á los conocidos artistas Arteta y Vila Prades, y que á pesar de tener cerca de 500 páginas han puesto al libro el precio de 3,50 pesetas, en Madrid, y 4 en provincias.

\*  
\* \*

*Agenda de bufete para 1903.* — Se han puesto á la venta las diferentes ediciones que de esta muy útil obra de anotaciones y consulta hacen los editores, señores Bailly-Bailliére é Hijos.

Lo muy conocida que es esta obra nos releva de hacer descripción alguna, limitándonos á recomendar á nuestros lectores su pronta adquisición; pues con su uso, á más de poder llevar una contabilidad sencilla, tendrán un verdadero guía de Madrid y cuantos datos descen sobre Ministerios, Aranceles, Correos, Telégrafos, Ferrocarriles, Cambios, Pagars, Letras, etc.; por lo que, á pesar de lo numerosas que son sus ediciones, suelen agotarse en breves días, no siendo pocos de nuestros lectores los que por demorar su adquisición se han visto privados de sus beneficios.

Su precio varía de 1 á 5 pesetas, según el número de páginas en blanco de su Agenda, ó si llevan secante en todas sus páginas; los datos de consulta en todas son idénticos.

De venta en las librería, tiendass de objetos de escritorio y bazares.

\*  
\* \*

En los primeros días del corriente mes ha empezado á publicar la casa editorial Maucci, de Barcelona, la obra de S. A. R. Luis Amadeo de Saboya, Duque de los Abruzos, titulada *La estrella polar en el mar Artico*, de que viene hablando con justo elogio la prensa de Europa y América.

No es extraño que esta obra sea esperada con el mayor interés, pues se trata de la realización de un hecho que ha superado los esfuerzos del ilustre Nansen, haciendo de la imaginaria leyenda de Julio Verne un suceso verdadero y trascendental.

La famosa expedición italiana, internándose por los desiertos helados y sufriendo con valor heroico los horrores del clima polar, que hacen insoportable la vida, es un título de gloria para nuestra raza. La admirable figura del Comandante Cagni, exponiendo cien veces su vida y la de los intrépidos marinos que le acompañaban, y llegando con sus trineos hasta los 86° 34' Norte, donde jamás pisó la planta humana, adquiere extraordinario relieve.

En Italia ha sido agotada la primera edición antes de ponerse á la venta, y seguramente sucederá lo propio en Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda y Polonia, donde se preparan ediciones de esta obra al mismo tiempo que la española.

La que nos anuncia la casa Maucci está traducida al español por el Dr. Enrique Tedeschi, que ha seguido cuidadosamente las indicaciones especiales del Duque de los Abruzos, vivamente interesado en que la versión española aparezca con la mayor perfección.

Según el prospecto que nos remite la casa Maucci, la obra constará de dos tomos, divididos en 17 cuadernos, á peseta cada uno, con 243 ilustraciones, dos panoramas, tres mapas y un plano de las regiones exploradas.

*La estrella polar en el mar Artico* no es obra exclusivamente para los hombres de ciencia, interesados en conocer cuanto se refiere á investigaciones físicas y descubrimientos geográficos, sino que está hecha para todos, pues refiere sensacionales aventuras y contiene los más curiosos relatos.

En suma, *La estrella polar en el mar Artico*, por su índole y por su contenido, es obra que merece por todos conceptos ser recibida con aplauso.

Obras científicas de este género, tan amenas, instructivas é interesantes, honran, no sólo á los autores, sino á quien las populariza y difunde.

## EL AÑO 1903

### CHANZONETA

Sin comadrón y sin cura  
te recibimos contentos,  
año de mil novecientos  
y tres por añadidura.

Pero aunque te celebramos  
con pavos y con tarjetas,  
puedes irte hacer pesetas,  
que bien las necesitamos.

Si eres como el anterior,  
que tuvo cara de hereje  
y á quien es justo se deje  
en un lugar inferior.

Pero tengo en el magín,  
por no decir la mollera,  
que contigo nos espera  
una delicia sin fin.

Así, con frases sonoras,  
te canto de gloria lleno,  
con más afán que el sereno  
antes cantaban las horas.

¡Un año! suceso extraño,  
por más que sea corriente....  
¡Y que no cambia la gente  
en el transcurso de un año!

Niño que entonces nació  
hoy es de gracia ejemplar,  
y Blondín en el saltar  
quien los pañales dejó.

Las niñas que los verjeles  
recorran sin empachos,  
piensan ahora en los muchachos,  
en la moda y sus caireles.

Y la mozueta que enteca  
ayes lanzaba en su agobio,  
como la ha tocado un novio  
va por las calles tan hueca.

Es ya toda una casada  
la solterita de ayer;  
y como es mucha mujer,  
libra bien doña Librada.

Todo tiene sus matices  
y del sol marcha á la grupa;  
asi el año que me ocupa,  
promete hacernos felices.

Será en su bello cambiante  
ya juicioso el calavera,  
dueño de tienda el hortera  
y doctor el estudiante.

El joven de buen concepto,  
hombre ilustre y distinguido;  
y en la miseria sumido  
el holgazán y el inepto.

De intento omito la crítica  
de las varias opiniones  
que dividen en pendones  
nuestra mesnada política.

Pero á buen seguro tengo  
que merecerán trancazos  
los muy listos ó pelmazos,  
con los que yo no convengo.

Así por varios motivos  
año nuevo te aclamamos,  
pues por lo menos contamos  
la suerte de hallarnos vivos.

Para el que placer disfruta,  
tú serás un carnaval;  
pero al que lo pase mal,  
tendrá á sorbos la cicuta.

Seremos tan prepotentes,  
que lo digo sin jactancia,  
el cuerno de la abundancia  
lucirá en todas las frentes.

Se quitarán los subsidios,  
tendrán premio los honrados,  
y habra muchos licenciados,  
porque ya no habrá presidios.

¿Pero á qué es el proseguir?  
Por muy diferentes modos,  
con gozo todas y todos,  
año, te verán lucir.

No sólo en auge, hasta en auja,  
de fiyo que nos veremos,  
y en nuestro Madrid tendremos  
una sucursal de Jauja.

Deponiendo sus rencillas,  
la Bolsa te pide en coro  
que, tanto subas el oro,  
que llegue hasta las guardillas.

Así, pues, sin más dislate,  
será, en tu curso tranquilo,  
el mundo una tienda-asilo  
y España su escaparate.

Termino mi chanzoneta;  
y al suplicar á los Hados  
que nos coja preparados,  
repito con el poeta:

¡Un año, triste verdad!  
¡un año más que ha corrido!  
¡un átomo más de olvido  
lanzando en la eternidad!

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.

1.º de Enero de 1903.

MADRID.—Imprenta, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.